

# NIPPUR

DE LAGASH

KARIEN, EN LO ALTO  
DE LAS MONTAÑAS

ROBIN WOOD  
RICARDO VILLAGRÁN  
SERGIO MULKO



50  
ANIVERSARIO

**Vol 11**

**KARIEN, EN LO ALTO DE LAS  
MONTAÑAS**

**UN BOSQUE CON ÁRBOLES DE  
AMOR**

**Y MUERTE**

**HATTUSIL**

**LA CIUDAD**

**LOS NIÑOS QUE CABALGAN EN  
LAS ESTRELLAS**

**LAS FLORES DE LA MUERTE**

**NIPPUR DE LAGASH**

# KARRIEN!

**EN LO ALTO DE LAS MONTAÑAS**



Por  
**ROBIN WOOD**

Dibujos de RICARDO VILLAGRÁN

Desemboqué en el arroyo casi abruptamente al salir de la montaña. Rocas y farallones me rodeaban por todas partes, salpicados de duros matorrales con flores amarillas. En el centro de ese absurdo paisaje quebrado corría el agua con suavidad.



(Agua fría de montaña. Debe venir de las nieves que se deshuelan allá en lo alto.)



El aire estaba puro y helado, y mis pulmones lo bebieron con tanta ansia como mis labios bebieron el agua.

Y la carcajada ronca me hizo alzar lentamente los ojos. Hay risas que son como música. Y hay risas que son como el gruñido de un cerdo.



Esta risa me hizo acariciar instintivamente el puño de mi espada. Yo soy un hombre que habla con palabras y con filos.



Oí más voces y comencé a acercarme. Una muralla de rocas me impedía ver.



¡Ven, sal del agua! ¡Ven!



¡Ven o te iremos a buscar!



Vi una masa de cabellos rojos y un rostro alargado y frío cubierto de pecas. Unos increíbles ojos azules, rasgados; casi dos líneas azules y oblicuas le daban un aire hierático y misterioso. Su boca era también fina y helada. Ella no hablaba.



Debes tener frío. Ven...





¡Por Samás, dejemos de perder el tiempo! ¡Vayamos a buscarla!



(Ropas sucias. Muchas armas. Son bandidos o renequados...)



Ah. Ahora verás la bondad de Inas...



Pero...



Ahhh...



Recién al ver la mancha roja que se extendía sobre la superficie del agua comprendí.

(Lo apuñaló. Tenía un cuchillo.)



¡Mató a Inas!

¡A ella!



¡Eh, carroña!



¿Quién es?

¿Qué te interesa? ¡Mátalo!







( Es inútil cargarse con diez espadas. Más vale llevar una solay buena, y saberla usar. )



¡Eh, muchacha! Puedes salir.



Sonrió haciendo más angostas aún las ranuras azules de sus ojos. El agua estaba roja alrededor de ella.

¿Y cómo sé que puedo fiarme de ti?



La miré...

Por el simple hecho de que no tienes otra alternativa.



Antes aún de oír su indignada respuesta di media vuelta y me alejé en dirección adonde dejara mi caballo.

(Nada que hacer. Con mujeres debes razonar como una mujer. O sea de la manera más irrazonable posible.)





Montó de un salto con una facilidad y destreza que yo nunca viera en toda mi vida. Me miró desde su caballo con su cabellera roja incendiando el aire.

Hasta la vista, Nippur. Espero que algún día podré devolvarte tu favor.



Karien, ¿qué habrías hecho si yo no hubiera aparecido?

Los habría matado yo. Eso es todo.



(Lo creo. Una amazona de cabellos de fuego. Un ser soberbio y salvaje llamado Karien. Karien, que en sumerio significa "La belleza roja...")



(En fin. Sigamos nuestro camino.)



A la caída del día llegué a un pequeño pueblo que se extendía al pie de las grandes montañas. El frío helaba el aire y fantasmas de hielo jugaban en el vapor de mi aliento.

(Allí hay una taberna.)



(Dioses... ¿y toda esta hora?)



Vino caliente... y algo de comer si tienes. Tengo piezas de plata.

Enseguida.

Perdona, ¿qué es toda esta cantidad de hombres de armas?

Son gente de Karikaris, el señor de las dos espadas. Ha reunido sus fuerzas para una expedición guerrera.

¿Contra quién?

Contra las amazonas de las montañas.

¿Las amazonas? ¿Por qué?

Las acusan de violentar la voluntad de los dioses.

(Flaca excusa. Buscan el oro, las pieles y los magníficos caballos de las amazonas. Buscan el botín de una raza de mujeres. Buscan ese botín de cabellos largos...)

Este pensamiento hizo flamear ante mí una cabellera color fuego.

(Karien...)

R. Villagrán '72

¡Ese es, señor! ¡Lo reconozco!

Todas las miradas estaban clavadas en mí. Giré lentamente enfrentando a todos esos ojos sucios. Cerca mío ardía la antorcha que iluminaba la taberna.

¿Tú atacaste a mis hombres, hoy?

Si tus hombres intentaron atacar a una mujer, sí.

No era una mujer. Era una amazona.

Cuando una mujer está vestida solamente con sus cabellos, es difícil encontrar esa diferencia. Para mí tanto como para ellos.

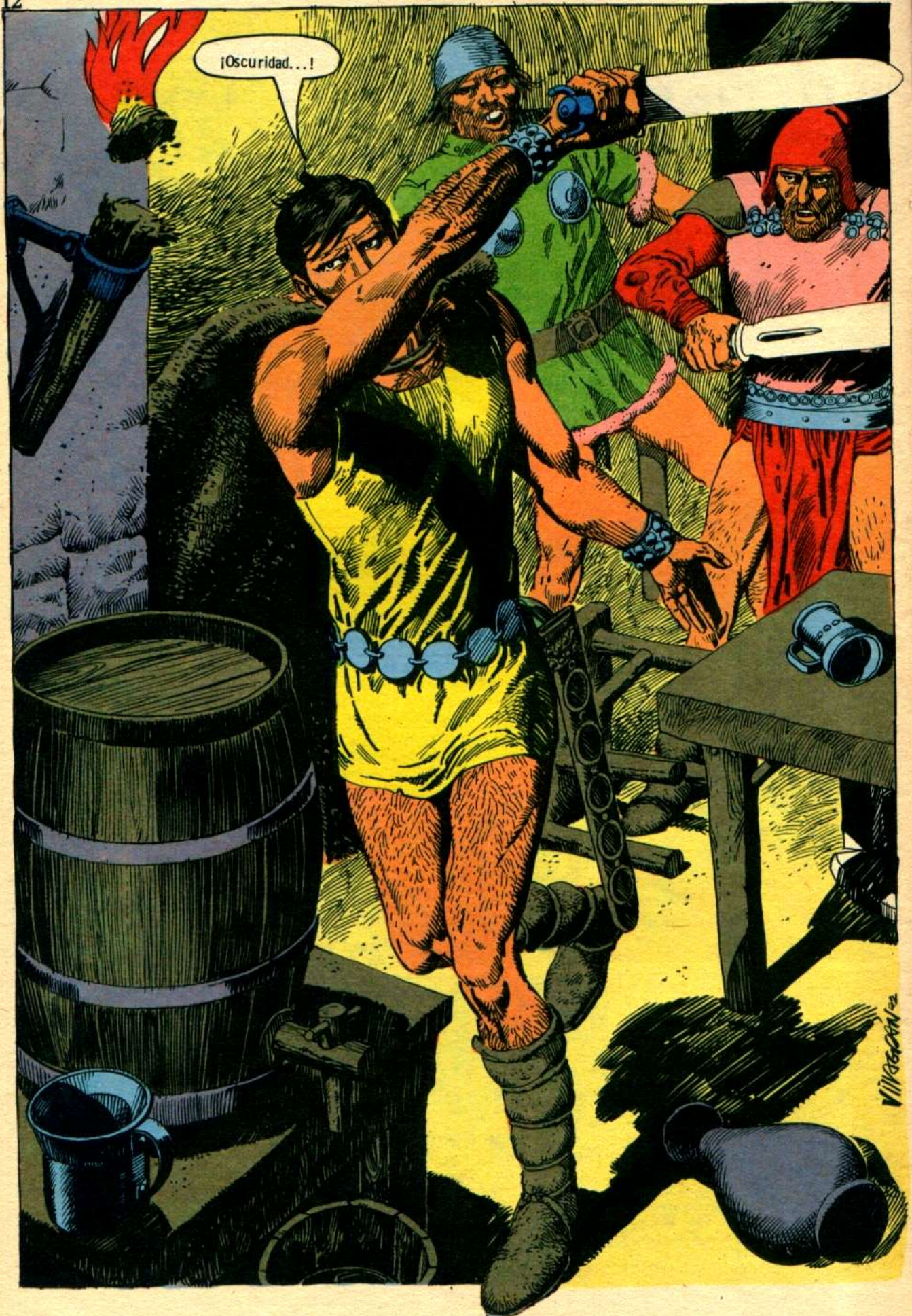
Es mejor que uses un tono más respetuoso al hablarme. ¡Yo soy Karikaris, señor de las dos espadas!

Me alegro de conocerte... especialmente porque nunca oí hablar de ti.

Te burlas, ¿eh? ¡A él!

Desvainé como un rayo y lancé mi grito de guerra.

¡Lagash! ¡Lagash!



¡Oscuridad...!

VILLAGAN

Me abrí paso entre la oscuridad y los gritos descargando terribles espadas. No sentía ninguna piedad por esa horda de saqueadores y dejé un corredor de sangre a mi paso.



(Huir, claro..., pero, ¿y las amazonas?)

(Es mejor alejarme. La oscuridad me ayuda. Si hay antorchas serán muchos para mí.)



(Un momento...)



(Elas están allá en sus montañas, sin imaginar este ataque que se prepara y que subirá hacia ellas como un torrente de fuego.)



(Y además, ¿por qué negarlo? Ver otra vez a Karien...)



¡Corre, caballo! ¡Corre! ¡A las montañas! ¡A las montañas!



Y como un trueno me lancé hacia las alturas, hacia el imperio entre nubes de las amazonas, allá en lo alto.



¿Nippur...?



El mismo. Vengo a traerte informes, pero tus centinelas no han confiado en mí.

Los hombres no son muy bienvenidos en este reino, hombre de Lagash. Especialmente los viejos enemigos.



Una expedición viene hacia vosotras. Comenzarán su marcha mañana. La dirige un tal Karikaris.

¿Te burlas? ¿Otra vez él?

¿Lo conoces? Parece buscar un botín muy especial aquí arriba.

Hay algo en efecto que él quiere. Yo.

Me ref.

Sólo diré que tiene buen gusto... si descuentas tu carácter de vinagre.

Cállate, Nippur. No lo olvides, aquí sólo eres un prisionero.

¿Yo prisionero? ¡Ja, ja, ja, ja!

No... No...

Y ahora piensa que me bastaría un tirón a tus cabellos colorados para partir tu flaco cuello de pájaro.

Basta...

Debo organizar la defensa. ¿Nos ayudarás?

Con gusto.

Nippur... Debo hacerte una advertencia.

¿Cuál?

No te atrevas a repetir que mis cabellos son colorados o te cortaré la cabeza y se la arrojaré a los perros.

En la madrugada silenciosa y blanca de neblina la horda trepaba rocas arriba. De vez en cuando una lámina de bronce reflejaba un primer rayo de sol.

Todo está muy silencioso, Kariaris, ¿no crees?

Elas no esperan el ataque. Tienen un tratado de paz firmado con las tribus de la llanura. Las sorprenderemos.

Entonces...

¡Ya están aquí, Nippur!



Ahí...

¡... va!



¡Cuidado!



Pero la gran roca caía ya. El primer movimiento fue lento, luego comenzó a cobrar velocidad arrastrando rocas menores en su caída y no tardó en desatarse la avalancha, el terror de las montañas...



¡Ahhh!





¡Perras!



¡Karikaris! ¿Me buscabas?



¡Encuéntrame entonces!



¡Ahhh!

El sol fue saliendo hacia lo alto, y las montañas jugaron con increíbles colores de oro y sangre sobre las nieves eternas.

Te agradezco en nombre de mi gente, Nipur. Sin ti hubiéramos perdido mucha gente y tal vez hubiéramos sido exterminadas. Si hay algo que podamos hacer por ti...



Sí. Hay algo.



¡No! ¡No te acerques o te abriré el pecho!



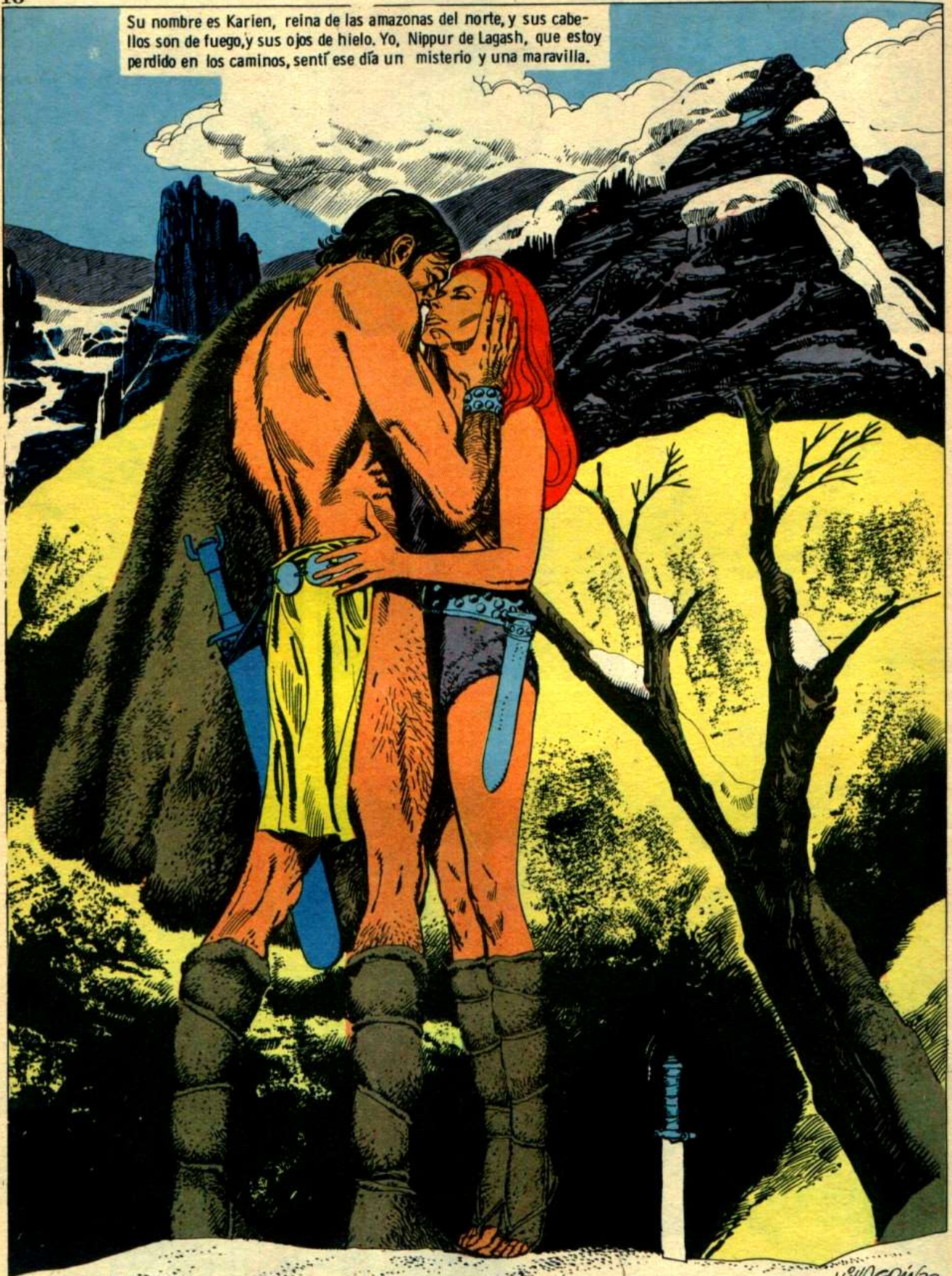
¡Te lo advertí!



Te...



Su nombre es Karien, reina de las amazonas del norte, y sus cabellos son de fuego, y sus ojos de hielo. Yo, Nippur de Lagash, que estoy perdido en los caminos, sentí ese día un misterio y una maravilla.



VILLAGRÁN '72

Fin

**NIPPUR DE LAGASH**

# **UN BOSQUE CON ÁRBOLES DE AMOR Y MUERTE**

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **MULKO**

.8705

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

Desfilaban en una doble hilera de jinetes a través del bosque, sin prisa, tranquilos. Llevaban todo el equipo de guerra, cascos, escudos, lanzas, espada, morral con provisiones. No miraban a los costados y parecían amodorrados por la frescura de la foresta...



Un carretón los seguía, uno de los de tipo acadio para transportar personajes de cierto rango. No se podía ver su interior pues pesadas cortinas lo velaban.



(Soldados de Ur, por los escudos que llevan. Y con un pasajero importante.)



(No dejaré que me vean. Esta región está poblada de bandidos y no me gustaría que me confundieran con uno de ellos.)



(Aquí estaré bien...)



El joven apareció ante mí como brotado de la tierra, sonriente y divertido.



¿Qué? ¿A tí tampoco te gustan los soldados, viajero?

Ni me gustan ni me disgustan. Prefiero evitarlos. Un soldado tiene una profesión que lo hace desagradable.

Bien pensado, viajero.



—¿Y tú? ¿Te escondes también de ellos?

No. Yo voy a su encuentro.



Se colocó dos dedos en la boca y lanzó un silbido agudísimo.



Los matorrales se abrieron...





Una nube de hombres vestidos de harapos se lanzó sobre los jinetes encaramándose en los caballos como langostas. Relinchos, gritos y maldiciones retumbaban en aquel bosque como en el ojo de una tormenta.




¿Así que eres un asaltante?



Soy el rey de ellos. Mi nombre es Badhar y no tengo madre ni padre pero tengo una hija que es mi gloria...

Esta es mi hija.





Y ahora no te muevas, viajero.



¡Ahhhh!



Ya terminará. Esos pobres diablos cargados de bronce no pueden hacer mucho más que dejarse matar.



¡Ahhh!



¡Badhar, ven! ¡Hemos terminado esto!



Ven, viajero. Ven conmigo. Aún no he decidido lo que haré contigo.



¿Y éste?

Estaba escondido en el bosque. Luego veremos.



Veamos primero qué hay en el carro...



Era una joven delicada con enormes ojos despavoridos. Sus ropas eran lujosas y estaba cargada de joyas como una diosa. Una especie de gruñido o gemido salió de los pechos de esa horda...



Un hombretón corpulento y barbudo, vestido con harapos y sucio como un cerdo se encaramó en el carro resoplando y con los ojillos malignos clavados en la muchacha.

Los dioses han sido generosos hoy.

Entonces declárate satis-  
fecho, Gudarim, y no te  
hagas enviar al país sin  
regreso.

¿Qué haces, Badhar?  
Ella es parte del botín.

Sí, pero puede ser un botín  
más importante que el que  
tú buscas. Es una joven de  
buen linaje y seguramente  
podremos pedir un buen  
rescate por ella.

El gigante barbudo lo mi-  
ró con ojos fangosos. Si  
un hombre me mirara  
de esa manera yo tendría  
buen cuidado de apurar  
su muerte. Sus ojos habla-  
ban de un odio calmo y  
sucio como un pantano.

Apártate. Prefiero la  
muchacha.

¿Todavía de-  
ben  
dar su opi-  
nión. ¿La mu-  
chacha o el  
oro?

El oro. Necesitamos oro si que-  
remos huir.

El oro... Ella es muy flaca.

Gudarim no dijo más pero sus ojos  
estaban oscuros y amenazantes en  
su cara peluda. Badhar se volvió  
a la muchacha.

Vendrás con nosotros.  
¿Cuál es tu nombre?

Sananim.

¿Y el viajero?

Lo llevaremos. Nos hace falta  
un sirviente en el campamen-  
to.

¡Eso es! ¡Un esclavo!  
¡Eso es lo que necesi-  
tamos!

(Eso son. Esclavos. Esclavos  
fugitivos. Deben haber esca-  
pado de una mina o de una  
plantación y tratan de conse-  
guir oro para huir de Sume-  
ria.)

Badhar parece ser el cabe-  
cilla, pero no creo que Gu-  
darim preste mucha aten-  
ción a eso...

El campamento de  
los esclavos estaba  
en lo alto de un pro-  
montorio montañoso  
en la zona norte del  
bosque. Era un lu-  
gar perfecto, con  
un enclave a prueba  
de sorpresas...

¡Tráeme más vino,  
esclavo! ¡Apúrate!



Una cosa que el guerrero inteligente debe saber siempre es que lo más importante es sobrevivir. Un héroe muerto vale menos que un idiota vivo. La primera regla es sobrevivir...

Ah. Muy bien, esclavo.



Me gusta que me sirvas, ¿sabes? Tú eres un guerrero ¿eh? Un señor de las batallas y yo he sido durante diez años un partidario de rocas... Pero ahora yo soy el amo y tú el esclavo. Y eso me gusta.



¡Me gusta!



(Pues disfrútalo, hijo del excremento. Tú has puesto cinco dedos sobre mi rostro y por ello yo pondré tus dos pies en la muerte.)



¿Qué harán con nosotros, Nippur?

No te asustes, Sananim. Pedirán orn por ti y eso será todo.



Me asusta ese enorme hombre barbudo que me mira siempre. Es horrible.



En cambio...



(Hmmm. No hace falta que ella diga más. Hay ciertos sentimientos que son como finras incas y brotan en los sitios más absurdos.)



¡Esclavo! ¡Más vino!



Hoy enviaré un hombre a pedir a tu familia cien piezas de oro.

Mi padre las pagará. No te preocupes por ello.



Y luego... luego estarás en libertad.



Tú te irás ¿verdad? Abandonarás la tierra de Sumer.

Debo hacerlo. Si fuera capturado me costaría la vida.



Comprendo. Comprendo.



Fue al día siguiente, cuando el sol corta el cielo en dos, que oímos el grito de Sinanim.

¿Qué fue eso?

Sinanim... Fue a bañarse al río...



¡Dioses!



¡Sinanim!



¡Socorro!

¡Cállate!



¡Suéltala, perro!



Está bien, Badhar. No tienes que enfu...



¡Ahhh!



Lamento que tengas una sola vida. Lamento que no tuvieras mil para arrancártelas una por una.



Sinanim, niña... No tengas miedo... Todo ha pasado. Soy yo.

No me toques...



-Tú... Tú me has arrojado a este mundo horrible de violencia y de sangre... ¡TÚ!

Escucha...



¡TÚ! ¡TÚ! ¡Y por ti tengo estas fieras con rostros de hombre rondándome, aterrándome y ensuciando hasta el aire que respiro!



Lo siento. Comprendo que me odies.

¿Odiarte?



¡Oh, te amo! ¡Te amo! ¡Por favor, no me devuelvas a los míos! ¡No me interesa lo que ocurra! ¡Déjame quedarme junto a ti!



Muchacha, ¿sabes lo que dices?

Tú has matado por mí y yo estoy dispuesta a morir por ti. No te dejaré aunque tenga que encadenarme a ti.



Esa noche Badhar se acercó lentamente a mí...

Nippur, quiero hablar contigo.

Habla.



¿Querías huir?

Lo sabes bien.



Entonces escúchame bien. Yo te daré la oportunidad de huir, pero con una condición.

La conozco. Que lleve a Sinanim conmigo.



Ah. Veo que no te he tomado de sorpresa.

No, en efecto. ¿Cómo harás con tus compañeros? Te matarán si descubren que los engañas.

Por ello recorro a tí. Debes huír esta noche con ella. Te esconderás en una cueva no lejos de aquí. Os buscaremos pero sólo yo sé dónde está. Luego ordenaré la fuga de la banda para evitar que nos capturen los soldados de Ur. Y entonces, sólo, vendré a buscar a Sinanim.



¿De acuerdo?

De acuerdo.



En la noche nos deslizamos cautelosamente. El puñal que Badhar me diera acabó con nuestras ataduras y con el centinela....



No hagas ruido. Muévete despacio e inclinada..



Nippur... , tengo miedo por él.

El sabe cuidarse. Ven.



Esta es la cueva. Realmente estaremos a salvo.



¿Oyes? Gritos. Han descubierto nuestra fuga.



Durante horas oímos voces y rumor de pies cerca nuestro. En silencio temerosos nos acurrucamos en un rincón y esperamos. Yo acariciaba mi puñal.



Luego, las horas pasaron y por un hueco advertí que comenzaba a oscurecer.



—Creo que podremos salir.

Pero....





¡No!



La aparté de un empujón y salí. Y ví la lanza con su horrible trofeo en la punta...



...y la corpulenta silueta peluda que se puso de pie riendo brutalmente. Es menos hermoso que antes ¿eh? Tal vez se deba a que algo falta... El traidor...



¿Cómo supiste...?

Escuché la noche que hablasteis y me pareció una buena idea. Con un sólo cambio. Yo en lugar de él. Ahora tendré a la muchacha para mí.



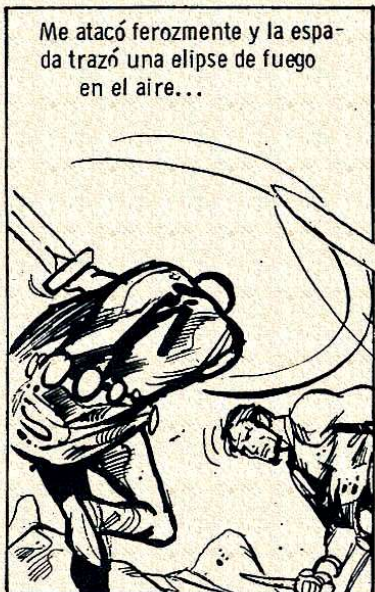
Te olvidas de algo. De mí.



No. No te olvido. Mira. Tengo tus armas y tu caballo. Y es con tu misma espada que te mataré.



(Es fuerte y bruto y la espada es un arma tremenda. Y yo sólo tengo este cuchillo...)



Me atacó ferozmente y la espada trazó una elipse de fuego en el aire...



(¿Cómo puedo...? La espada... Bastará con un sólo golpe para que...)



Era mi oportunidad, la única. De un salto me abalancé sobre él y hundí mi cuchillo en su corazón.

¡Ahhhh!



(Oh, dioses... Nippur de Lagash os agradece por su vida...)



Ven, Sinanim. Iremos a la ciudad. Nada nos queda por hacer aquí.

Pero... ¿y él?



No mires eso. Eso no es él, Sinanim. El está en otra parte. El ya está a salvo de todo. No mires eso. Recuérdalo riendo en el bosque. Ven.

La arrebujé contra mi pecho y la dejé llorar. Las lágrimas son una sangre de plata que debe abandonar la herida del alma. La dejé llorar y la abracé con pena y cariño como se abraza a un pajarillo herido de muerte por el rayo y así dejamos ese bosque con su foresta negra y sus árboles de ramas desgarrantes, y sus fantasmas y su muerte verde y roja...



**fin**

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

# NIPPUR DE LAGASH

# HATTUSIL



Por  
**ROBIN WOOD**

El templo estaba sombrío y sólo una antorcha humeaba lanzando algunas sombras aquí y allá, largas sombras negras que se desgarraban sobre el mundo de piedra de los muros. Sombras que se fundían unas con otras hasta desaparecer en un sólo cuerpo de oscuridad y frío, un núcleo de nada.



R. VILLARREAL



Hombre de Lagash...

La voz sonaba neutra y sin ecos en el recinto lúgubre, y el anciano no me miraba. Aunque me moviera tampoco me vería pues la negrura del templo hacía ya mucho que se había deslizado dentro de sus pupilas furtivamente como una alimaña traicionera.

Hombre de Lagash...

Hace ya muchos años que no he oído tu voz. Desde la época en que llevabas el sello de armas de Lagash en tu escudo.



Todas las arenas del tiempo han pasado desde entonces, anciano.



Para ti. Para los jóvenes el tiempo es un enemigo con el cual se batien.



¿Y para los viejos?

Para los viejos es un amigo al que se suplica que no nos deje.



No hables de mí como un joven. Yo también he envejecido. Los años no entran en este templo.



Ah, sí. Siento amargura en tu voz y tus palabras son duras. Antes, cuando hablabas, eran como golpes de viento. Eran risas. Yo sentía la frescura del río y el sonido de un cuerno de caza en tu voz.

Ahora... ahora sólo oigo palabras. Palabras desnudas y secas como un puñado de arena.

¿Tienes hijos? No.

¿Mujer? No.

¿Tienes...? No tengo nada, anciano. Excepto una espada, mis ropas y un caballo al cual ni siquiera he dado un nombre. Eso es todo.

¿Quién eres? ¿Qué eres ahora, Nippur de Lagash? No lo sé, anciano. Vine a verte para oír una voz conocida. Para mirarme en un espejo donde aún se anidara una vieja imagen.

Pero esa imagen ya no es la mía. Ese joven sumerio del que tú hablas debe ser otro Nippur. Un Nippur lleno de risas y placeres.

No este viejo Nippur, amargo y sarcástico, que sólo alza los ojos hacia el cielo para no mirar a los hombres. Soy un hombre amargo y pobre y sólo me queda el azul del cielo como tesoro. Sólo eso.

Adiós, anciano.

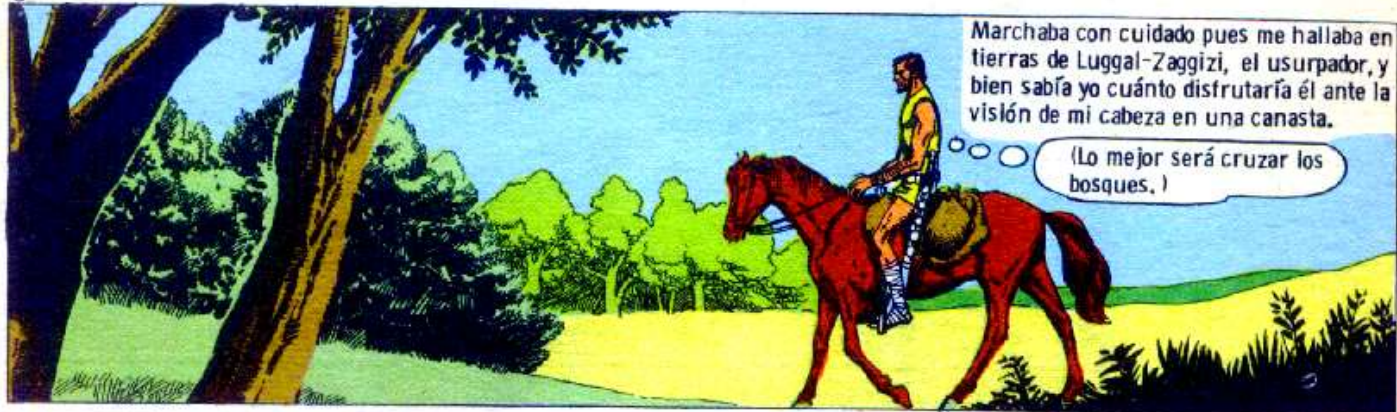
Nippur... ¿Qué...?

Algo más te queda, amigo. Te queda tu soberbia, te queda tu vanidad. Te queda tu orgullo de saberte diferente a los demás, en tu amargura y en tu soledad. Cuídate del orgullo, hombre sin humildad.

Los dioses sean contigo.

Fuera del templo el sol me encandiló por un momento. No giré la cabeza para un último vistazo. No hacía falta.





Marchaba con cuidado pues me hallaba en tierras de Luggal-Zaggizi, el usurpador, y bien sabía yo cuánto disfrutaría él ante la vislón de mi cabeza en una canasta.

(Lo mejor será cruzar los bosques.)



(¿Y aquello? Parece un campamento...)



El hombre cocinaba al fuego y sólo pude ver de él su joroba y sus largos cabellos rubios.

(Y su espada... Y lleva ropas de guerrero. ¿Un jorobado guerrero?)



Los dioses sean contigo, amigo.



Era de pequeña talla y rostro casi femenino. Sus brazos eran desmesuradamente desarrollados y parecían absurdos en ese cuerpo contrahecho.



Descaburga, forastero. Mi nombre es Hattusil.



Me miró con ojos tan fríos como el pedernal.



Como era jorobado y contrahecho comencé a educar mi cuerpo, a endurecerlo. Practicaba con hacha, espada y lanza desde la madrugada hasta la caída del sol.



Oía su voz repitiendo entre carcajadas. "Monstruo"... "Monstruo"...



Eso me sorprendió. Los hititas son un pueblo que ama la fuerza física y no acostumbran a dejar con vida a las criaturas deformes. El muchacho sonrió.

Sé lo que piensas. Sí. Debieron matarme pero mi madre era egipcia y no quiso que yo muriera. Me dio entonces a una esclava que me llevó fuera del país de Hatti.



Miré sus brazos anormalmente desarrollados y comprendí el por qué.

Tuve un maestro. Un gran maestro. Un hombre cuya espada no era más que continuación de su brazo. Se burlaba de mí y me llamaba "monstruo" pero él me dejó su ciencia. Era hermoso como un dios y me obligaba a observarme en las aguas de los lagos uno al lado del otro. Y se reía de mí.



Así es que me crié en las ciudades costeras. Trabajé como escriba y luego decidí adoptar el oficio de guerrero.



Su nombre era Athon.



"Luego marché a las guerras y supe lo que era la sangre. Oí el retumbo de las catapultas y el grito de las mujeres entre las llamas. Vi las pirámides de cabezas cortadas y vi los soldados borrachos haciendo atrocidades en los templos de los dioses. Vi la guerra."



Pero fuera donde fuera oía la risa de Athon y veía su figura y la mía sobre la superficie del agua y oía su risa... su risa...



Entonces un día tomé mi espada y volví. Volví a buscarlo. Quería su sangre para callar su voz. Para vivir en paz.



Pero Athon ya no existe. Otro hombre lo mató espada contra espada. Otro hombre me arrebató una muerte que era mía. Me robó. Y ahora quiero la vida de ese hombre. Quiero tu vida, Nippur.





¿Sabías que era yo?

Oí los rumores de tu visita al templo y decidí venir a esperar. Hace meses que aguardo luego que supe de la muerte de Athon a tus manos. Y ahora estás aquí.



Eso quiere decir que también los hombres de Luggal-Zaggizi saben que he venido.

Seguramente pero eso no tiene importancia. Nunca te hallarían con vida.



¡Pelea por tu vida, Nippuri!



No. Yo...



Pero...

(No tengo elección. Quiere matarme...)

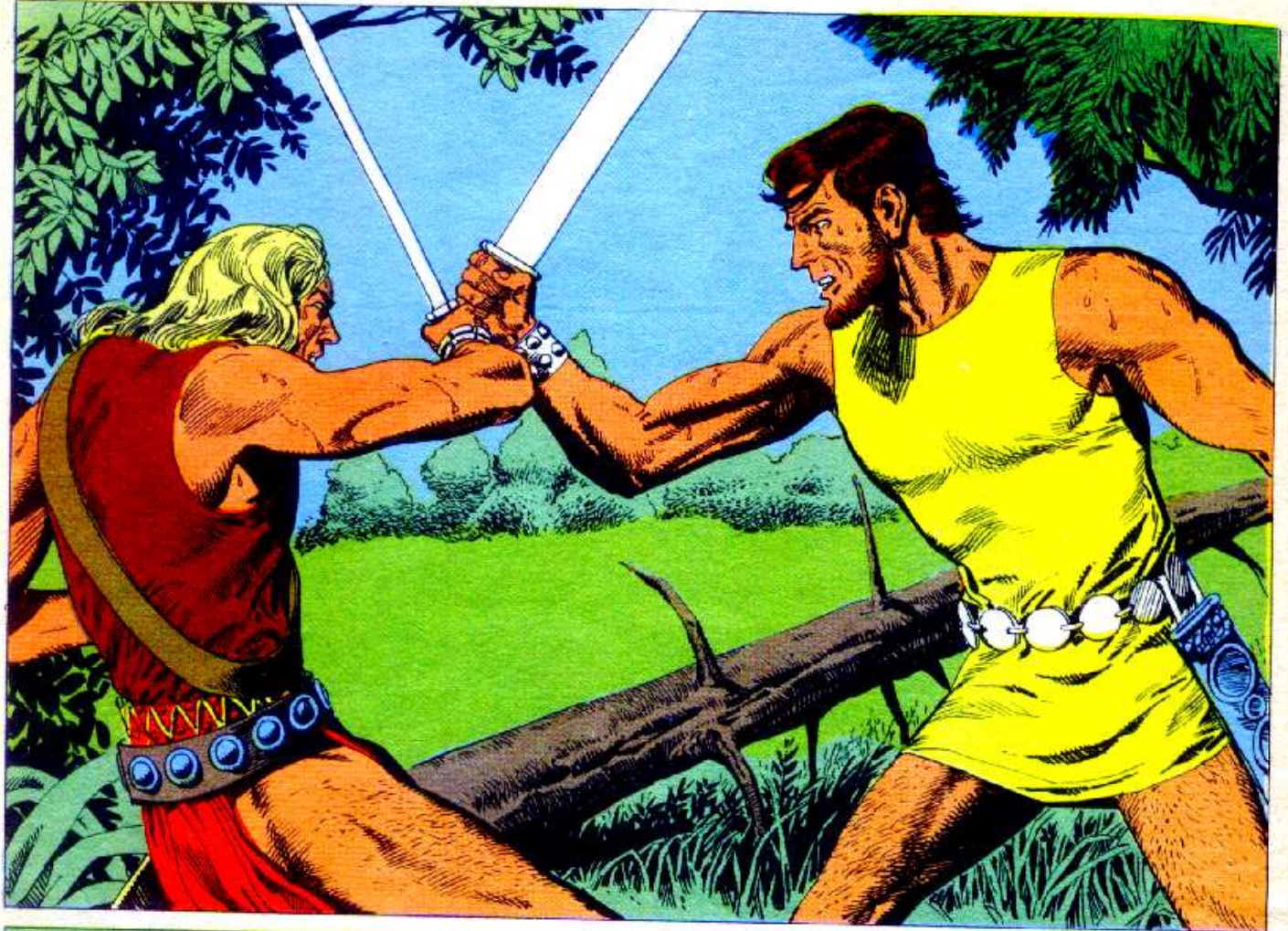
CLANG!



El golpe casi me quebró el brazo. La fuerza del hombrecillo era increíble, y temblé hasta los talones.

Ataqué yo ahora con golpes circulares dados con toda mi fuerza pero siempre encontraba la espada de Hattusil. Volaban chispas y los filos se mellaban.





Nos sentamos uno frente al otro, jadeando y con las rodillas temblorosas. Ríos de sudor corrían por nuestra piel y las sienes me latían como un tambor.

Athon... Athon nunca hubiera pasado del primer espadazo contigo.



¿Qué quieres decir?

Vales por diez como él... o por cien como él o como cualquier otro. Te saludo, guerrero.



Pero...



En el ardor de la pelea no los habíamos sentido. Una veintena de hombres de armas nos observaban. Varias lanzas estaban tendidas y sus puntas se centraban en mí como los dientes de la muerte.

Deja tu espada, Nippur.



Estaba muy cansado hasta para resistir.

Esto ha sido más fácil de lo que creí. Hemos hecho nuestra fortuna hoy. Luggal-Zagizi nos cubrirá de oro.



Hattusil no hizo ningún gesto. Simplemente retrocedió unos pasos y se sentó aún jadeante junto a su fuego. La noche estaba comenzando a caer.

Dormiremos aquí.



(Me han capturado. Espero poder hallar una oportunidad de escapar.)



(¿Y Hattusil? No hace más que estar sentado junto a la hoguera y mirarme. ¿En qué pensará?)



Y en la mañana...

¡Todos a caballo!



¡Eh tú, jorobado! ¡Ven!



Toma. Es por la ayuda que nos diste.



Miró la moneda y luego miró a aquel imbecil al cual hubiera partido fácilmente en dos pedazos con sus manos y luego sonrió con una sonrisa escalofriante.

Gracias, noble señor.



¡En marcha!



(Me has dado una moneda y me has llamado jorobado.)



Tendré oro hasta el pecho por tu captura, hombre de Lagash. El rey recuperará el sueño cuando tú mueras.

Una muerte no devuelve el sueño a un cobarde.

No importa de todas maneras. Lo que importa es...

¡Ahhh!

¡A las armas!  
¡Nos atacan!

El silencio se mantuvo inmutable y sólo oímos el chillido de un pájaro en las ramas de un árbol.

Nadie.

Sigamos el camino. ¡Rápido!

(¿Quién habrá lanzado esa flecha?)

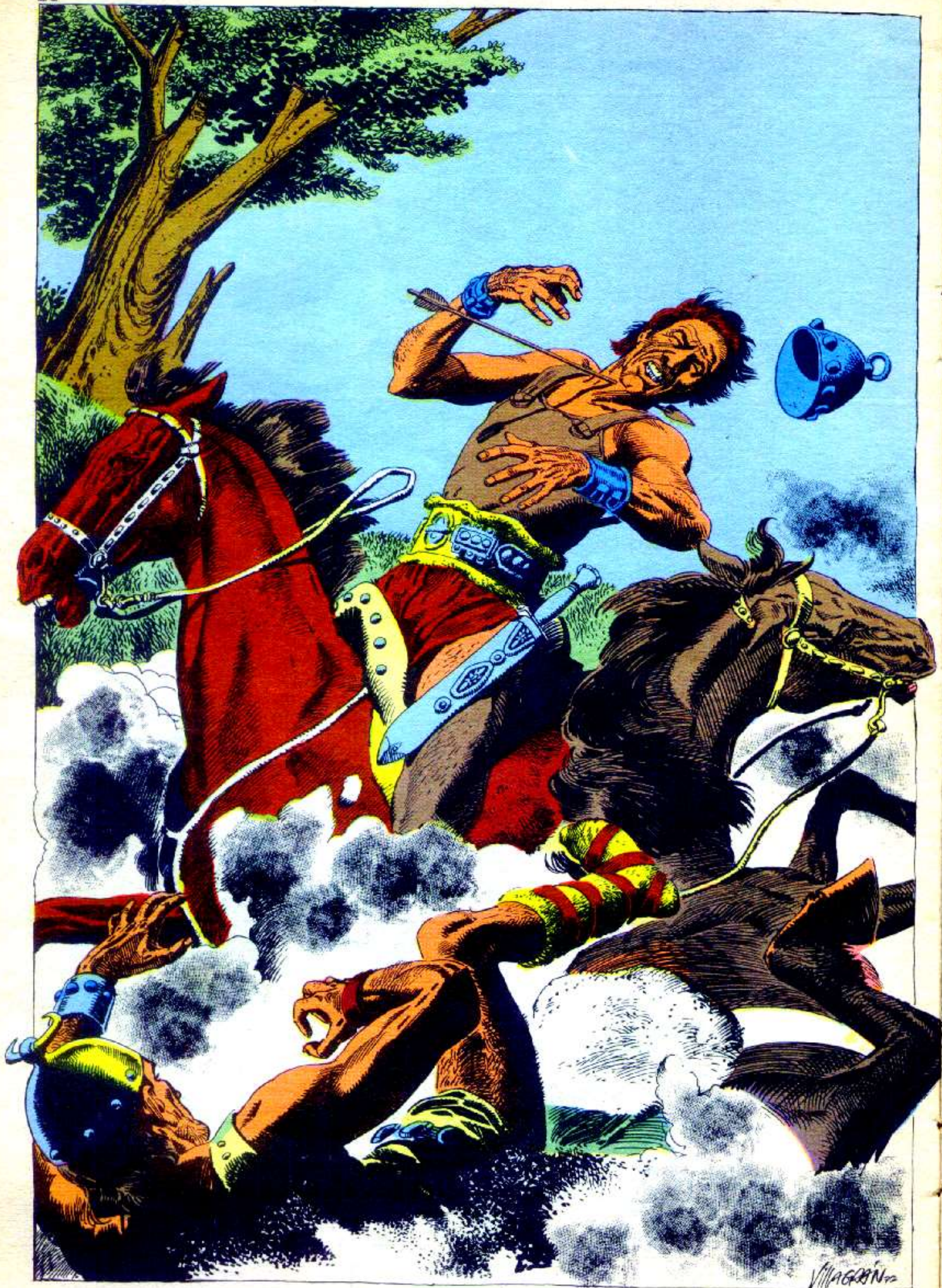
¡Ahhh!

Y otra vez el silencio atroz con el burlón chillido de los pájaros columpiándose en la tarde calurosa.

¡Al galope todos!

Más que galope fue una fuga. Un miedo sutil y fino como la arena se había ido filtrando en los estómagos de la cabalgata y ahora se sentían felices de lanzar sus caballos como un torrente.

¡No! ¡Ahhh!





¡Ahhh!



¡Estamos rodeados!  
¡Huyamos!



¡Cobardes! ¡Idiotas!  
¡No os disperséis!



Oímos sus gritos y sus pasos hasta que se perdieron en el bosque. Arriba, los pájaros chillaban y volaban contra el sol.



Y entonces oímos la risa.

¿Quién...?



Pobre oficial. ¿Te han abandonado tus tristes soldados? Pobre hombrecillo de casco brillante.



¡A él!



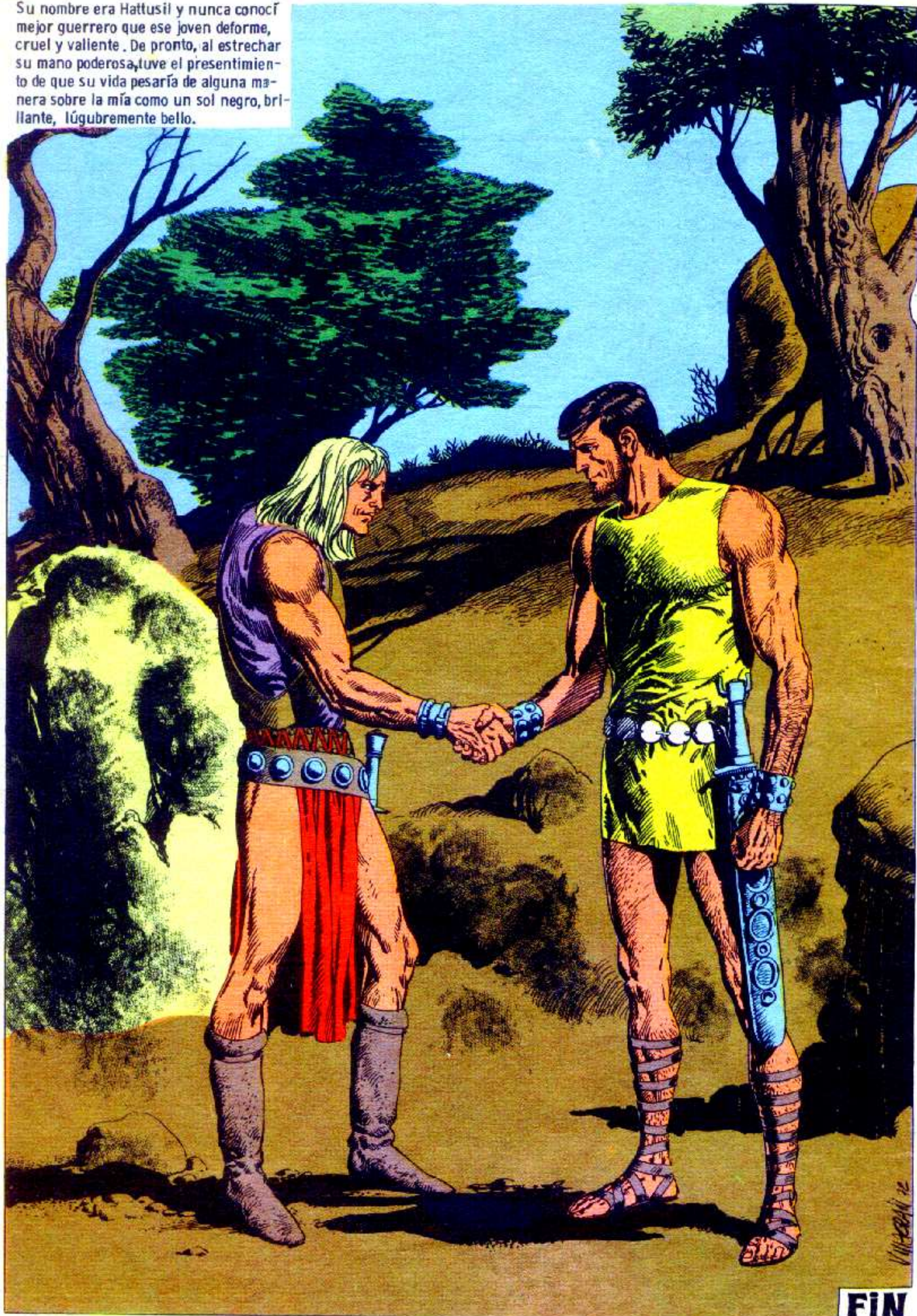
Eso. Matad al pobre jorobado.

¡Pero el jorobado es difícil de matar!





Su nombre era Hattusil y nunca conocí mejor guerrero que ese joven deforme, cruel y valiente. De pronto, al estrechar su mano poderosa, tuve el presentimiento de que su vida pesaría de alguna manera sobre la mía como un sol negro, brillante, lúgubramente bello.



NIPPUR DE LAGASH

# LA CIUDAD

Por ROBIN WOOD



Dibujos de MULKO

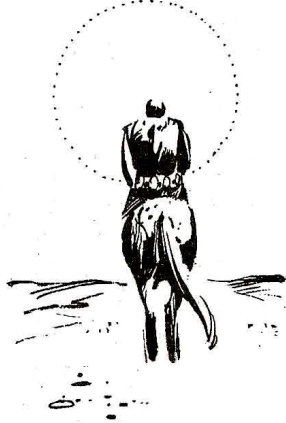


La historia es extraña al recordarla pero también lo fue al vivirla. No sé si mi memoria es fiel o si el paso de los años fue tendiéndome trampas en las cuales la realidad se deformó, se mutiló y se perdió finalmente en el mundo sin ecos ni reflejos del error y del recuerdo.

También sé que el recuerdo de la ciudad me seguirá más allá de mi carne, más allá del polvo de mis huesos y más allá de la memoria de mi nombre. ...



El desierto. Un escudo de arena y un cielo de diamante. Infinito arriba, infinito abajo...



...y la ridícula mancha latente y viva de los hombres, esos tercos, tontos insectos, reyes de la creación.



Eran gente del norte, viajeros curtidos y duros que recorren los caminos de las caravanas llevando pieles y bronce a las ciudades de las montañas. También son guerreros temibles pues su oficio es duro.



Soy un viajero y atravieso el desierto y quiero unirme a la caravana.



¿Cómo has venido a parar aquí?

He perdido el rastro.



Yo soy Ramar, jefe de la caravana y estos son mis hijos, mis parientes y mis hombres.





Yo soy Nippur, hombre de Lagash y este caballo es mi reino y mi familia.

Descabalgua. Nos aprestamos a armar nuestro campamento.



¿Tan temprano?



Miró hacia la lejana (no muy lejana) masa de montañas e hizo un gesto vago con la mano.

No es bueno viajar de noche aquí.



No entiendo. ¿A qué temes? Nada vive en este desierto.

Hay vidas y vidas, Nippur.

(No tienen miedo, sin embargo.)



No dijo más. Ramar era un viajero y conocía su oficio y nunca se debe aconsejar a quien sabe más que uno. En el silencio pavoroso de la arena instalaron su campamento. Nadie hablaba.

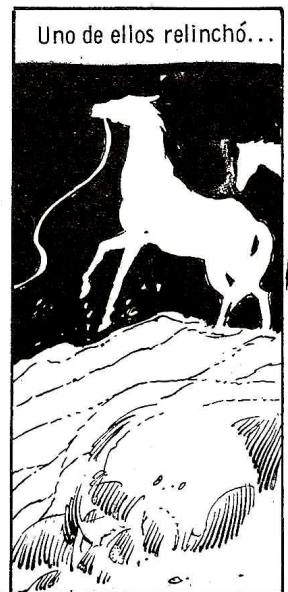


Una gran luna blanca se elevó en el cielo y el desierto pareció volverse de plata. Una hoguera titilaba en el centro del campamento como un corazón de fuego.

Bebe, Nippur.



El silencio se hacía cada vez más pesado y hasta los animales parecían contagiados del ambiente hechizado y semejaban estatuas inmóviles. A veces volvían sus cabezas hacia las montañas ahora blancas de luna...



Uno de ellos relincho...



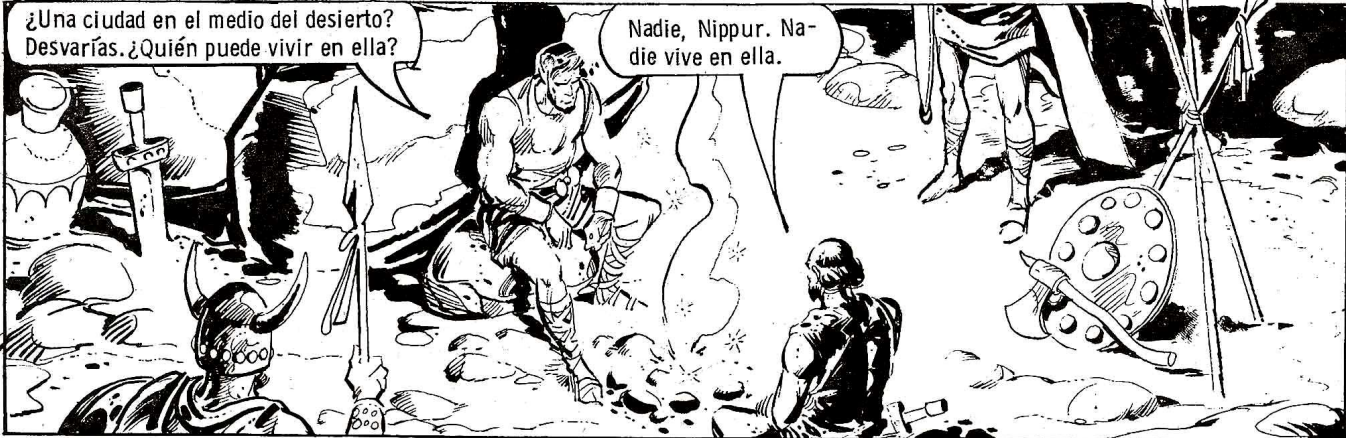
Ramar, ¿qué ocurre? ¿Qué es este extraño sentimiento?

Es la ciudad, Nippur.



¿La ciudad? ¿Cuál...?

La que está allá, al pie de las montañas.



¿Una ciudad en el medio del desierto? Desvarías. ¿Quién puede vivir en ella?

Nadie, Nippur. Nadie vive en ella.



Cuéntame.



Es una ciudad, Nippur, de enormes murallas en ruinas. Yo la he visto, blanca. Reluce en la noche como un esqueleto. Sus puertas son de madera y bronce y pesadas como cien hombres. No hay nadie en sus murallas. No hay nadie, ¿comprendes?



Está abandonada. Yo llegué hasta sus murallas y revisé las puertas. Los ejes están podridos. El bronce está corroído y no hay fuegos en las torres ni antorchas. Grité hasta enloquecer.



Pero, nada... Solo la ciudad gigantesca, más grande que Ur, blanca bajo la luna. Y de pronto tuve miedo y huí, huí, huí.



¿Y dices que esta ciudad está allí?

Sí.



¿Puedes darme un garfio y una cuerda trenzada?

Sí.



—¿Irás a la ciudad?

Sí. Quiero verla.



Ten cuidado, Nippur. Soy un hombre que ríe en las batallas pero ante esas murallas misteriosas supe que no era mi vida la que estaba en peligro. ¿No sientes cómo hasta los animales presienten algo?



Quiero ver esa ciudad.

Monté con el garfio y el lazo y taloné a mi caballo.



El animal no se movió. Como una estatua de sal bajo la luna ni pareció haberme sentido. Lo golpeé, lo azoté pero no se movió.



Es inútil, Nippur. Es por ello que las caravanas se detienen a la noche aquí.



Muy bien. Iré a pie entonces.

La luna estaba alta y su luz blanca hacía relucir suavemente la arena. En el inmenso silencio que llegaba a lastimar los oídos, el ruido de mis pasos sonaba como el cric-crac de un insecto.



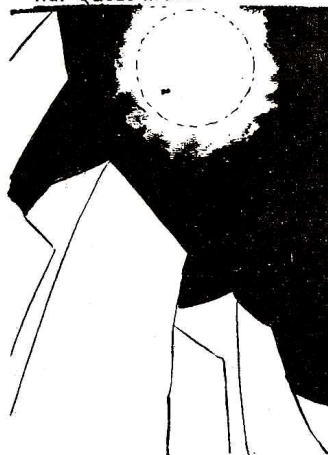
Poco a poco las montañas se acercaban. No eran siniestras sino imponentes. Como farallones de plata, como gigantes petrificados, meditatras y soñadores.



Dioses...



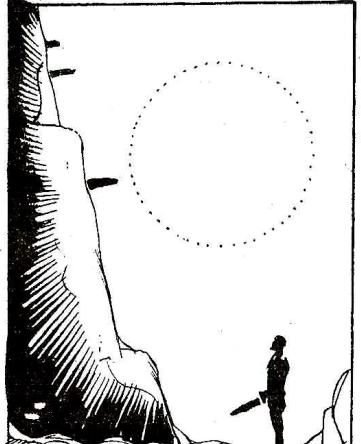
La ciudad era tan blanca y se perdía tan completamente entre la blancura lunar de las rocas que casi no la advertí hasta estar ante ella. Quedé mudo.



No había visto murallas tan enormes e imponentes en ninguna parte de los mundos conocidos. Murallas inmensas construidas con grandes bloques de piedras macizas... Llegué a las puertas...



(Pero... Ramar dijo que estaba en ruinas... y esta ciudad parece acabada de construir...)



Nada. Sólo el eco de mi voz y el desierto limpio y la ciudad blanca y silenciosa ante mí. No había viento, ni el crujido de un alacrán siquiera. Sólo ese enorme y mortal silencio y la blanca luz de la luna.

Comencé a sentir un miedo pequeño y confuso dentro mío y luché contra él.

(Vete, miedo...)



(Quiero entrar...)



(Ahora...)



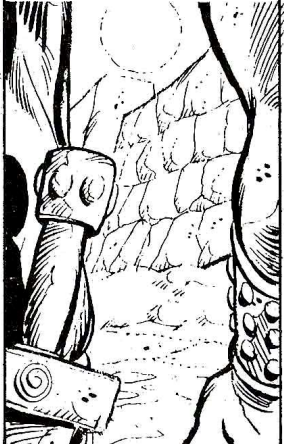
(Arriba, Nippur...)

Y allí estuve, en lo alto, y pude ver a mis pies la ciudad. Igual a cualquier otra ciudad que yo viera pero vacía y blanca. Ni un rumor. Ni una voz. Ni una luz.



¡Eh! ¿Quién vive aquí?

Mi voz rebotó en ecos entre las paredes, buscó en las casas, se deslizó por las callejuelas muertas, saltó los muros de los patios y por fin se extinguió sin respuesta en el último rincón de la ciudad.



¡Soy Nippur!

Y mi voz saltó sobre los tejados, sobre las fuentes donde el agua reflejaba sin un rumor el disco de la luna, sobre los asientos de piedra de las calles, sobre las escalinatas pálidas y limpias, donde ni una mota de polvo alteraba su perfección.



(¿Qué extraño mundo es éste? ¿Que hay entre estas murallas que escapa a la razón?)





Mi piel se erizó y sentí la boca seca y una niebla de sudor frío me humedeció las carnes. Un sonido pequeño, de pasos, se acercaba...

(Me defenderé... Deben venir demonios o...)

El niño apareció. Vestía de blanco y jugueteaba con un collar de plata...

Los dioses te bendigan.

¿Quién eres tú, muchacho?



Me miró con sus enormes ojos llenos de la luz de plata de la luna y me sonrió.

Me llamo Nippur.

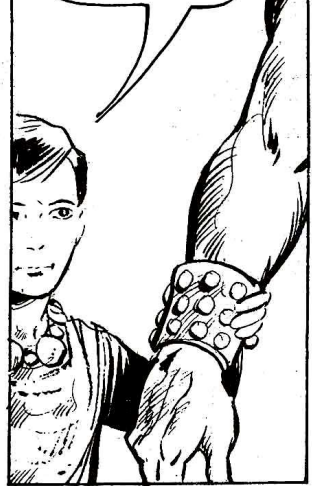


Es extraño. También es mi nombre.

El niño me sonrió y yo miraba sus ojos y su pelo y su collar y de pronto tuve un temblor de pánico... Ese collar.. Yo tuve uno igual cuando fui niño...

Ven conmigo.

Tomado de su mano helada como el agua recorrí la ciudad inmóvil y seca. Ahora me arrepentía de estar en ella pero ya era tarde.



Allí hay alguien sentado...

Sí. Es un joven heleno. Se llama Hipólito.



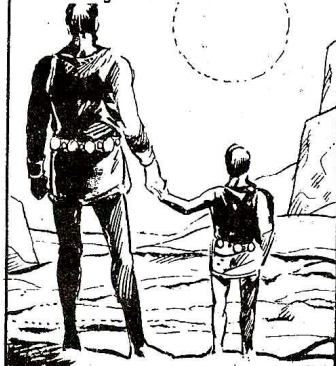
El joven meditativo me miró al pasar sin hacer un gesto. Ahora mi terror fue más quemante pues lo reconocí...



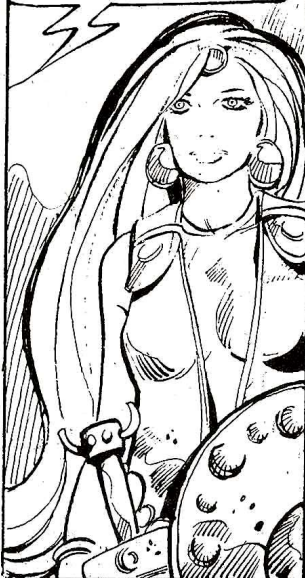
Pero... Es el hijo de Teseo, el rey... ¡Y él murió hace años!

Es un joven muy gentil.

Ahora había siluetas que se movían suavemente entre las casas pero el silencio no se rompía. No podía oír más que mis pasos y los de ese niño que yo sabía (ahora sí lo sabía) había visto muchos años antes en la superficie pulida del bronce y en el reflejo de las aguas.



Thamar... pero... ella también...



Thamar sólo me sonrió sin hablar. Sus cabellos rubios aún le golpeaban los talones como aquel día, mundos antes, cuando una flecha le partiera el corazón en la Hélide.

¿Por qué no me hablan?



El niño no respondió y deshizo el nudo de nuestras manos.

Debo irme.



¡Espera!



Siluetas silenciosas pasaban ante mí y reconocía rostros que llenaban mi alma de desesperación.

...Anham... Urukagina, mi rey... Ninarim...



A veces uno de ellos parecía reconocirme pero tras un gesto vago volvían a hundirse en su mutismo...



Ví una silueta delgada y una masa de cabellos oscuros, erguida bajo un dintel y el corazón me falló un latido...

Nofretamón...



Y luego ya no estuvo. Grité...

Nofretamón... ¡Nofretamón!





Debo huir... ¡Esto no existe!  
¡Debo huir!

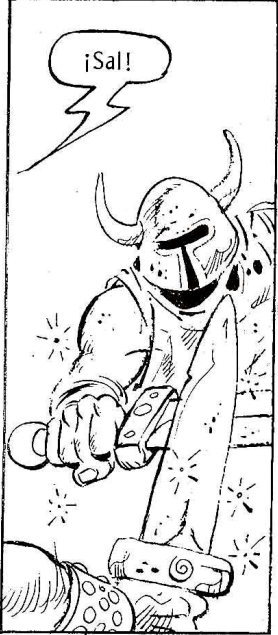


No huyas, Nippur. Quédate con nosotros.



¡Déjame salir, seas quien fueres!

No.



¡Sal!



Volaron chispas, verdaderas chispas y el entorchocar del bronce en ecos extraños en el aire perdido en el tiempo, en el aire violeta de la ciudad...

¡Sal!



¡Dejadme salir!



¡Dejadme!



¡No!



¡Noo!

Y ví un niño con un collar de plata, no más alto que una espada y reconocí su gesto altivo e inocente y reconocí esa soledad dormida en sus ojos como luz de hielo...



Un día seré un guerrero y haré temblar a los dioses en sus mansiones subterráneas...

Y ví una mujer pensativa, de ojos oscuros y boca pálida que me miraba con tristeza desde la niebla blanquecina.

Amarte es como abrazar una antorcha, Nippur. Tú te devoras y nos devoras a nosotros.

Y ví al viejo, decrepito, como si marchara a una muerte dentro de la muerte misma, como quien atravesara puertas que llevaran a profundidades cada vez mayores...

Tú eres un orgullo cabalgando una espada. Tú eres la soledad y tu maldición será ser querido sin tú querer el amor y ser odiado sin que ello te importe. Serás una leyenda... y las leyendas se amasan con sangre y lodo y lágrimas y vinagre...

Y entre la niebla vi marchar ejércitos y oí el trueno monocorde de sus pasos y oí sus órdenes aunque no entendí el lenguaje que hablaban. Ya no tenía miedo. Solamente un sentimiento púrpura y ancho como un abismo en el pecho...

Una gran silueta negra se alzó sobre una terraza. Envuelta en un manto negro me miraba y yo sentía un vago olor a hierro en el aire.

Todo esto eres tú, Nippur. Somos tu nostalgia, tus muertos, tus anhelos. Somos tú.

¿La ciudad...?

No es una ciudad, Nippur. Es un espejo. Lo que ves no es más que tu alma. El vacío, el silencio... Tú los pueblas con tus sueños y tu espíritu. La ciudad no es más que un espejo.

¿Qué es todo esto?



No entiendo... No me hagáis sufrir...

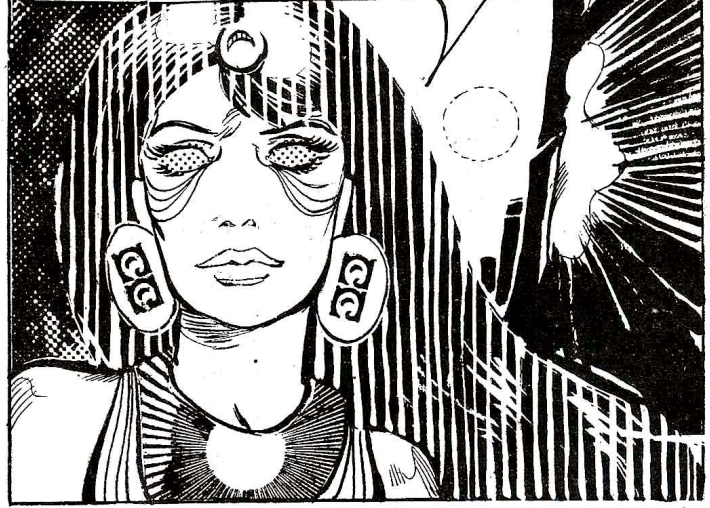
¿Y tú? ¿Quién eres tú?

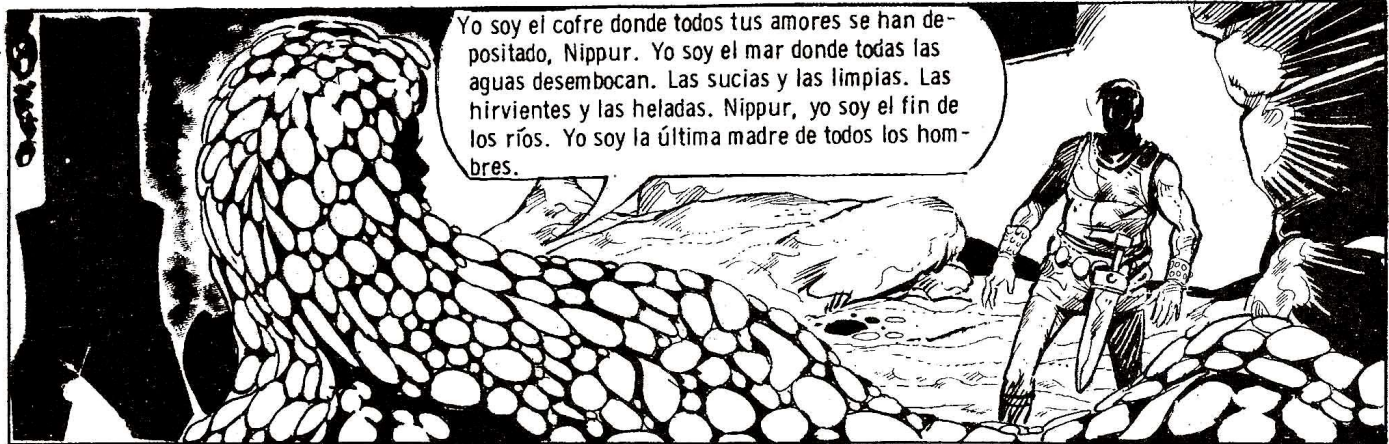


Yo soy el enigma, Nippur. El enigma que acaba con todos los enigmas. Yo soy la mano sin carne que desata el último nudo. Yo soy el pétalo seco que cae. Yo soy el agua estancada que se torna verde.



Yo soy el golpe de viento en las cortinas que hace temblar a los viejos. Yo soy el soplo de viento que extingue las antorchas en los cuartos visitados por la peste. Yo soy el caballo enloquecido de terror que relincha en la noche cuando los espíritus negros arañan el pecho de los hombres.





Yo soy el cofre donde todos tus amores se han depositado, Nippur. Yo soy el mar donde todas las aguas desembocan. Las sucias y las limpias. Las hirvientes y las heladas. Nippur, yo soy el fin de los ríos. Yo soy la última madre de todos los hombres.



¡Ahhhh!



Amigo, despierta...

¿Eh...?

Debes haberte dormido ayer, luego de intentar entrar en la ciudad. Tienes fiebre. El rocío del desierto es malo. Te haré dar un poco de vino caliente.



La ciudad...



Miré. Allí estaba, con sus paredes en ruinas, sus piedras carcomidas por los siglos y la arena y con un cascabeleo de serpientes entre los escombros...

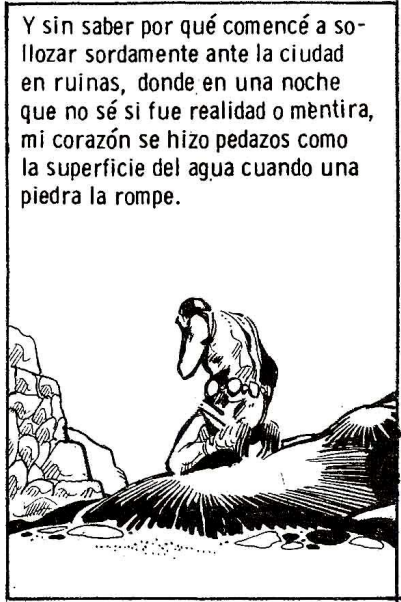
No puede ser...



Nippur... ¿qué encontraste adentro? ¡Tu rostro parece hecho de ceniza...



Encontré un espejo...



Y sin saber por qué comencé a sollozar sordamente ante la ciudad en ruinas, donde en una noche que no sé si fue realidad o mentira, mi corazón se hizo pedazos como la superficie del agua cuando una piedra la rompe.

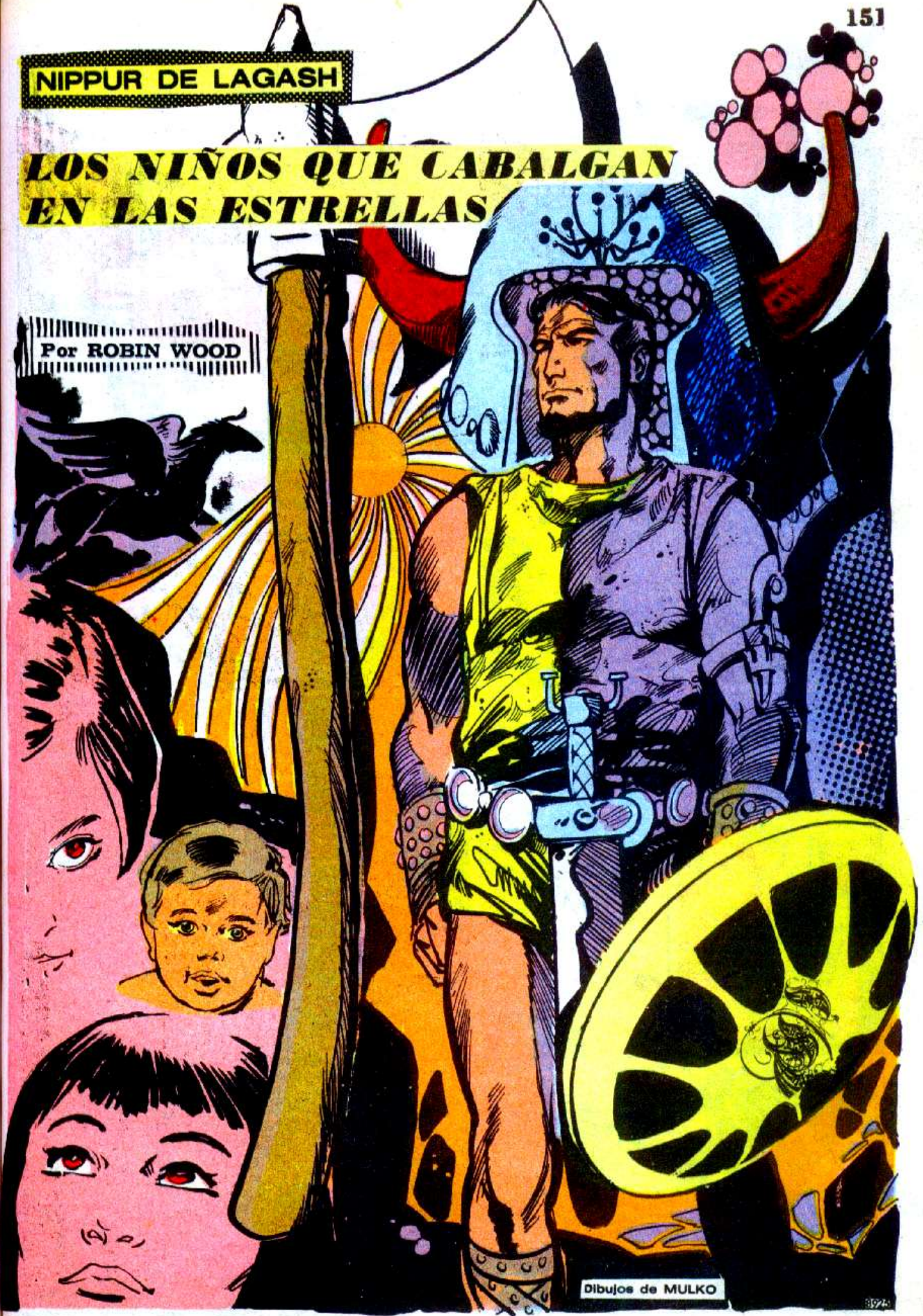


Viajero, si un día cruzas el desierto... ¡cuídate de la ciudad!

**NIPPUR DE LAGASH**

**LOS NIÑOS QUE CABALGAN EN LAS ESTRELLAS**

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **MULKO**

La noche descende en colores desparejos y un suave aroma de cebollas fritas y carne al fuego comienza a inundar las callejuelas. El humo de leña se desperpeza hacia las primeras estrellas y toda la vida se aquieta. Es la hora del descanso, luego de la jornada...

El sacerdote en su templo se sienta y mira el sol que se hunde en un plácido caos de fuego. Por un momento envidia a los campesinos que vuelven a sus hogares ruidosos y acogedores. A él sólo lo espera su templo frío y sus dioses de pedernal que nunca despiertan.

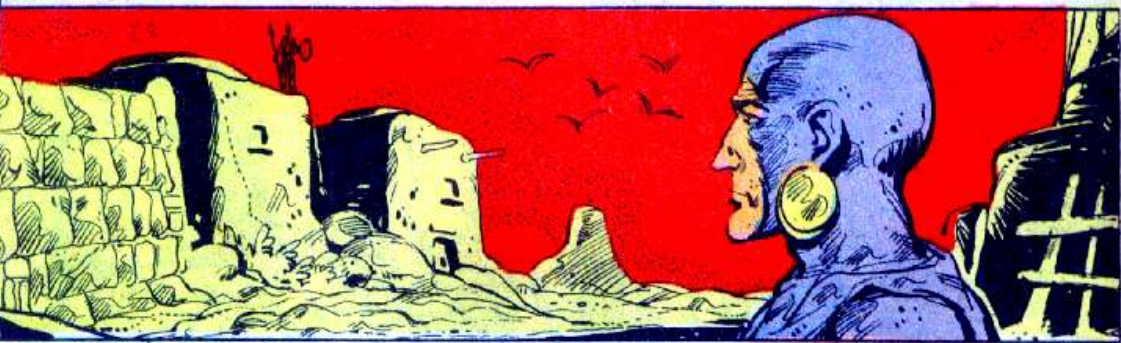
Los soldados en las murallas se apoyan en sus lanzas y sueñan con sueños ajenos a la guerra y al camino de los soldados. En ese instante de paz piensan en una risa de mujer, en una risa de niño...

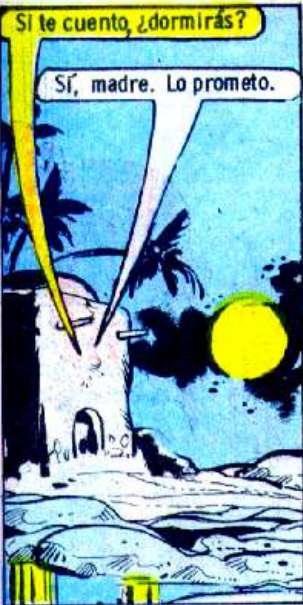
Un niño trata de sujetar con su mano un murierte rayo de sol y sus dedos se vuelven rojos. Ríe...

¿Sí, hijo?

Madre...

Cuéntame de Nippur.





Si te cuento, ¿dormirás?

Sí, madre. Lo prometo.



Muchas madres en muchas casas sonríen y menean la cabeza y acarician a sus niños tal como lo hiciera la primera mujer con el primer niño cuando el mundo era joven y las cosas creadas aún no tenían nombres...

¿Qué quieres que te cuente?



Cuéntame cómo Nippur detuvo a los Hombres de las Lanzas.

Bien...



Muy bien, escucha y no olvides que luego debes dormir.



"Erase esto en Kihar, en el límite norte de Sumeria, casi donde comienzan los grandes caminos que nunca llegan a su fin y que los hombres evitan pues son caminos que comen la memoria y por ello nunca nadie regresa..."



Allí siempre sopla el viento caliente y por ello no crecen árboles y por eso las mujeres se vuelven tristes mirando el desierto a través de sus ventanas...



Mira, un forastero.

¿Qué hará aquí?



Es un guerrero.

Sí.



(Triste lugar. Sólo familias de los hombres de las caravanas viven aquí. Soñando con huir de este desierto hasta que un día descubren que ya es muy tarde.)



(¿Y eso?)



Me has agotado la paciencia, borracho ¡Esta vez te has ganado lo que recibirás!



Bah... Pega si quieres, absurdo intento de hombre... Pega...



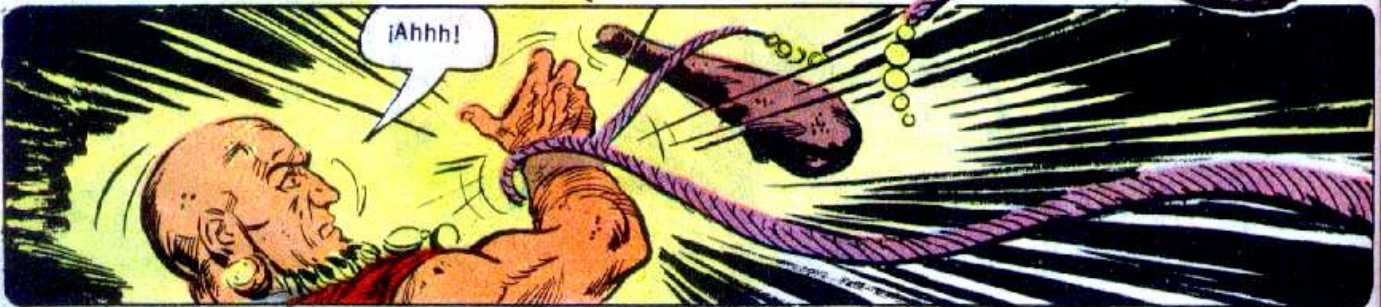
(Un hombre joven... un borracho... y su idioma es refinado y sus manos son delicadas...)



¡Toma!



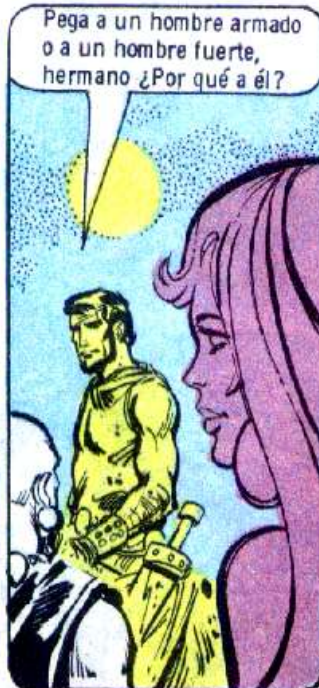
"El látigo estalló en el aire como el primer rayo de una tormenta."



¡Ahhh!



Peró... ¿Quién eres tú? ¿Por qué intervienes?



Pega a un hombre armado o a un hombre fuerte, hermano ¿Por qué a él?



"El hombre se encogió de hombros un poco avergonzado..."

Tal vez tienes razón. No soy de ios que golpean por placer, viajero... Me irrité...



No te lo reprocharé pues yo también soy un hombre de cóleras fáciles. Mi nombre es Nippur.

¿Nippur? ¿Tú eres el hombre de Lagash?



Debo serio...  
¡Ah! ¡Este es un gran día! Deberás permitirme que te obsequie con vino y con dátiles de Akad. ¡Hoy es un gran día para mí!



Un gran día para él, dice el buen caravanero. Ah sí. Claro que sí. Hoy cambiará en algo su triste vida de piojo de desierto, de mota de polvo, de caricatura de ser humano...



Hoy ha conocido a la leyenda, al fantasma de Lagash... Un fantasma de nalgas cuadradas de tanto cabalgar seguramente... Hip... Nippur... El hombre cuya leyenda crece a cada chorro de vino que pasa por la garganta del relator.



¿Ves? Si le arreas una patada yo no lo defenderé.

Tal vez no sea mala idea, pero antes...



"Nippur se dirigió al joven ebrio sentado en el polvo y habló en cretense..."

¿Quién eres tú, amigo? Vienes de Creta, ¿no es así?



Vaya, vaya... ¿Así que no eres un bruto ignorante tan ignorante como todos estos brutos, eh, hombre de Lagash? En efecto... Soy Herakon, de Creta... mezclador de menjunjes y cortador de tripas... ¿Cómo lo supiste?



Me dí cuenta por el tatuaje que tienes en tu hombro. Todos los médicos cretenses lo llevan. Lo ví en la isla cuando estuve...

Ah sí. Tú y tu amigo Teseo y vuestro ejército de bárbaros helenos que convirtieron mi isla en un jardín de muertos.

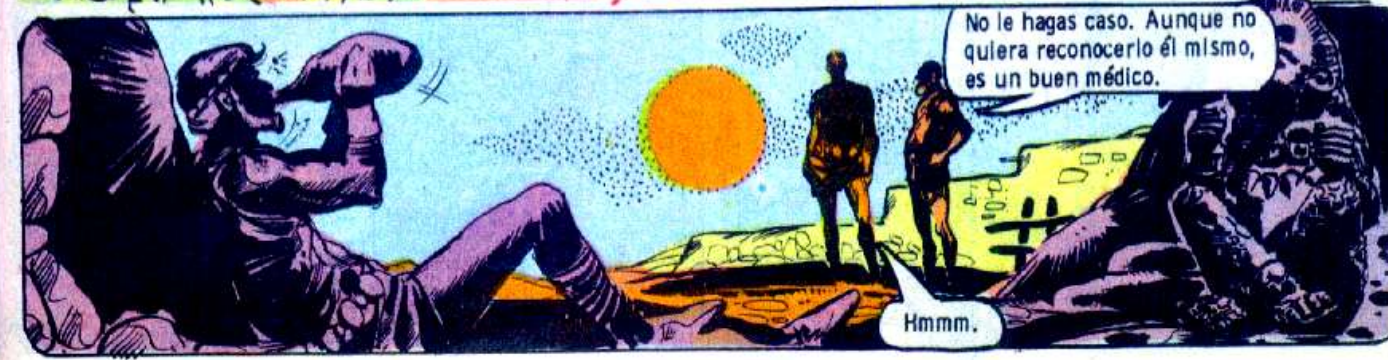


¿Qué hace él aquí?

A veces cura y se gana algunas piezas de oro. Es un buen médico pero inmediatamente se cuelga de los botijos de vino y comienza a provocar a todo el mundo... No sé aún como no lo han matado.



A veces cura... ¡Ja, ja, ja! Los incrédulos tragan basura y luego creen estar curados y agradecen con lágrimas en los ojos. ¡Ja, ja, ja!



No le hagas caso. Aunque no quiera reconocerlo él mismo, es un buen médico.

Hmmm.

Creo que lo haré viajar un poco conmigo ¿No crees que es una buena idea?

Cualquier idea será buena si significa alejarlo de aquí. Un día lo matarán.



Ven joh, ilustre borrachín! Quiero ver cómo baila el vino en tu estómago cuando vayas sobre un asno. Ven.



Pero...

"Y así fué cómo..."

¡Maldito sea! ¡Detente! ¡No puedo más!



Es aún temprano y debemos llegar a la región de los pastizales antes de tres días.

¡No continúo! ¡Me quedo aquí!



Quédate... pero no olvides que el agua la llevo yo y que aquí no llueve con frecuencia.

Perro...



Perro...



Nippur...

¿Qué...?



Necesito beber...

Allí tienes los botijos.



No es agua... Tú lo sabes...

Puedes beber agua.



¡Maldito seas! ¡Necesito beber! ¡Por favor!

Puedes beber agua.



Escucha... tengo este collar de oro... Lo guardé hasta hoy como... como recuerdo. Dame un trago... Uno sólo y es tuyo...

Puedes beber agua.





Escucha...

Puedes beber agua.



¡No te muevas, Nippur! Ahora soy yo el que domina la situación ¿Dónde está el vino?

Puedes beber agua.



¿No entiendes? ¡Te mataré si no me das vino!

No lo creo, amigo.

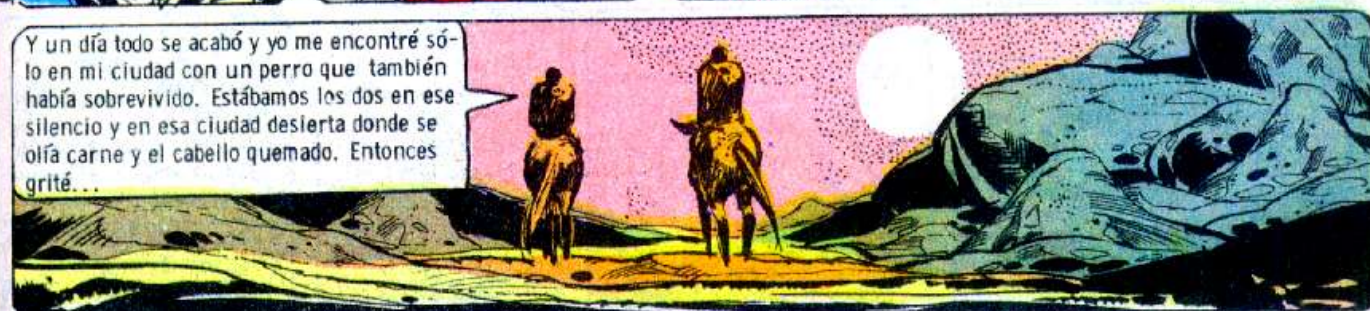


"Un largo silencio y por fin un suspiro y..."

Oh, dioses... y estoy seguro que el agua debe estar caliente.



... y cuando la peste terminó, toda mi familia había muerto. Mi mujer, mis hijos, mis padres, mis amigos... Durante días y días saqué cadáveres de todas las casas y los quemé en las piras. Al final ya no sabía más lo que hacía.



Y un día todo se acabó y yo me encontré sólo en mi ciudad con un perro que también había sobrevivido. Estábamos los dos en ese silencio y en esa ciudad desierta donde se oía carne y el cabello quemado. Entonces grité...



Grité hasta perder la voz y luego fui hasta la bodega de Kirames... Permanecí no sé cuánto tiempo borracho... Luego me fui... No recuerdo muy bien...



Necesitaba beber y bebía. Quería morir. Quería que me mataran pero la muerte se me negaba como una mujer coqueta. Así hasta que tú llegaste.



Me siento feliz de haberte conocido, Herakon. Me caes bien.

Gracias.



"Estaban en la región de los pastos altos y disfrutaban de la vegetación y de las montañas que, allá a lo lejos, sostenían los límites del cielo."

Nippur... ¿No oyes algo?



¡Sí... Cómo lamentos...  
¿Qué puede ser?



Debemos tener cuidado. Estamos en territorio de los Hombres de las Lanzas. Son gente desplazada...



Mira.  
Es una multitud... ¿Qué harán allí?



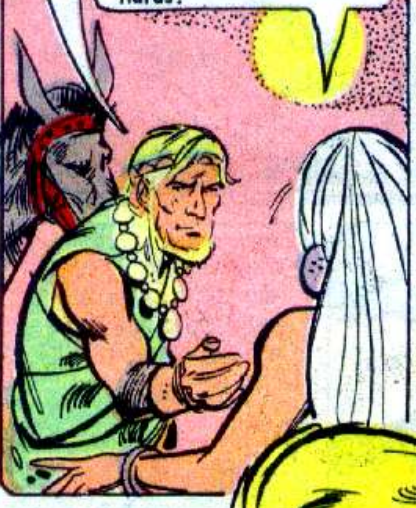
"Los miraron acercarse sin un gesto. Y entonces vieron sus rostros."  
Dioses... La peste...  
¿A ver?



No os acerquéis más, forasteros. Somos los condenados de nuestra nación. No os acerquéis.  
¿Quién eres tú, muchacha? ¿Y que hacéis aquí?



Hubo una peste en nuestro pueblo y todos los que enfermamos de ella fuimos traídos aquí. Cuando la luna esté completa vendrán los guerreros de nuestra tribu para matarnos. Es la ley.



Idioteces.  
¡No me toques! ¡Te condenarás!



¡Quédate quieta! ¡Déjame ver!  
Tonto... Loco...



Lo que imaginaba, Nippur. Esto es una peste, sí, pero ni un gato morirá de ella. Es una infección de la piel. Bastará con un tratamiento de unguentos y baños de vapor para hacerla desaparecer.  
Pero el sacerdote de nuestro pueblo ha dicho...



— Siempre ha resultado más fácil a los incompetentes buscar una excusa que un remedio. Necesito que todos vosotros me ayudéis a buscar ciertas hierbas que os indicaré.  
Pero... nos dijeron que esto es incurable...



Escúchame, chiquilla cerebro de mosca, lo único que será incurable será tu incapacidad de sentarte nunca más si te arreo la patada que estoy planeando darte a menos que te calles la boca, ¿entendido?

¡Sí... Sí, señor...

Ah  
love  
laci  
pari  
  
No  
Ni  
da  
mu  
ce  
da  
cu  
blo  
  
— ¡N  
el  
pu  
er

Ah, nada como ver a un joven quisquilloso en relación con su profesión para disfrutar de la vida...



¡Más feña! ¡No debe detenerse el fuego! ¡No os mováis de aquí hasta que os diga u os hundiré el cráneo! ¡Preparad los unguentos para frotarlos cuando salgan del fuego!



Pero... ¿Y eso?

Estamos perdidos. Son los guerreros



¡Allí están! ¡Y en ellos el castigo de los dioses! ¡Preparad las flechas, guerreros! ¡Dadles paz!



¡Alto!



No disparéis, hombres. Ni hay peste ni hay nada que justifique la muerte. Mi amigo conoce los caminos de la vida y de la muerte y él curará a vuestro pueblo. Dejad las flechas.

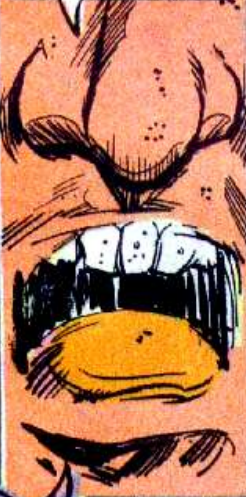


-¡No! ¡No hay cura posible! ¡Es el dedo de fuego de los dioses el que ha marcado a nuestro pueblo! ¡No hay cura posible en manos de los hombres!

Tal vez no en las tuyas, sacerdote. No seas débil y acepta que tal vez otro tenga la sabiduría que a ti te falta.



¡Destruílos a todos, soldados! ¡Por mi voz hablan los dioses!



¡No!

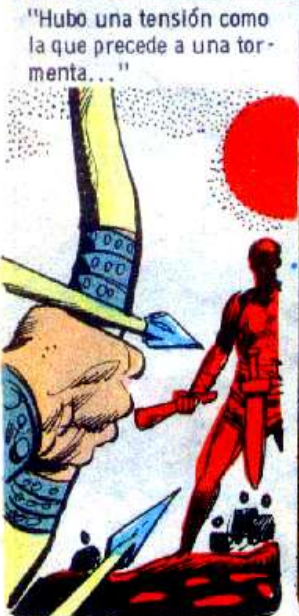




No avancéis. Hasta ahora no hubo sangre pero no la podré detener mucho más. Respetad a vuestra propia gente.



¡Matadlo! ¡La cólera de los dioses será terrible si no lo hacéis!



"Hubo una tensión como la que precede a una tormenta..."



"Y entonces..."

¿Dioses? ¿Castigos? ¿Maldiciones? Espera que ya llego, charlatán.



¡Cuidado! ¡La cólera de los dioses...!

¡Ahora verás lo que es la cólera de un hombre y dejarás de preocuparte por la divina!



¡Ay! ¡No!



¡Ay! ¡Ay! ¡Socorro!



"Hubo un momento de estupor y de pronto una tormenta de carcajadas se alzó entre los guerreros..."

¡Nunca he visto al sacerdote correr tan rápido!

¡Y ni el tambor de la aldea suena mejor que su espalda bajo el garrote!

"Y así fue como una semana más tarde, Herakon orgulloso..."

¿Ves, Nippur? Como si nada hubiera pasado...

Ahá. Creo que no lo has hecho mal.

Yo seguiré viaje ¿Y tú?

Yo me quedo, Nippur.

Hmmm. Ya veo. En fin, espero que esto sea mejor para tí que un botijo de vino, ¿eh?

¿Botijo de vino? No sé de qué me hablas, Nippur. Tú sabes que yo sólo bebo agua.

Claro que lo sé, amigo. Claro que lo sé

(Se ha dormido...)

¿Dormido? No. El niño (todos los niños) cabalga en esos momentos por otro mundo, un mundo que resplandece de astros fulgurantes, de caballos fantásticos que se desbocan sobre las estrellas y de una risa que suena como las aguas de los ríos... Y solo, él, el vagabundo de Lagash, es admitido en ese mundo de niños, despótico y extraño a todos los otros.

FIN

# NIPPUR DE LAGASH

## LAS FLORES DE LA MUERTE



Soltad al próximo.

Dibujos de MULKO

Por ROBIN WOOD

El movimiento de su mano había sido elegante, como lo era toda su persona. Una irritante fragancia de perfumes y esencias se alzaba de su cuerpo envuelto en ropas tan finas como nunca yo había visto antes.



Dos guardias abrieron la reja de madera. Grandes brutos de manazas cuadradas y nuca de toro.



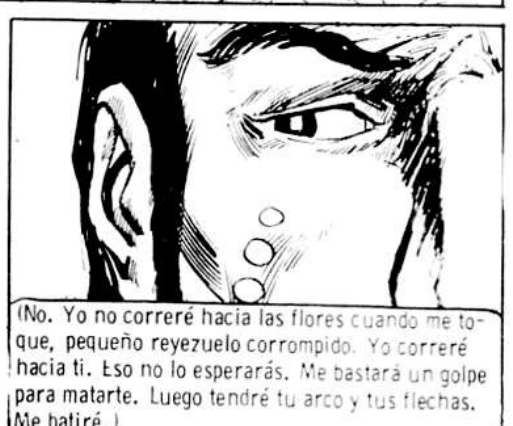
El miedo puede oler tanto como el perfume. Tiene un olor acre y asfijante. Los animales pueden olerlo y erizan su pelaje y gruñen haciendo sonar sus cadenas.





Y la absurda esperanza. El eterno ser humano incapaz de concebir que la muerte lo acecha. La eterna ceguera. El eterno "esto ocurre a los otros, no a mí".

(No es tan lejos. Aún no tiene el arco armado. Y yo soy rápido.)





(Yo no soy un campesino como los otros. Yo soy un guerrero con siglos de virtud carnicera. Ya lo verás. Moriré como un perro de pelea.)



Pero por hoy, basta. Estoy cansado y quiero comer y oír música.



Quiero que tú cantes para mí, Lilir.



Más allá de ellos vi al joven guerrero de facciones de piedra y de cabeza rapada. Inmóvil en su armadura negra, con los poderosos brazos cruzados sobre el pecho, miraba más allá del límite de flores de la muerte. Su nombre era Hannios...



Alto allí, forastero. ¿Quién eres?



Soy hombre de Lagash y vengo del sur. Quiero pasar la noche en la ciudad. Estoy fatigado.



Puedes hacerlo pero sin llevar armas. Debes dejarlas aquí y retirarlas al salir.

Extraña costumbre, pero soy extranjero y respeto.



Hannios sopesó mi espada y me miró. Buen arma, forastero. Pesada y con un filo que eriza la piel. Es raro ver tan tremenda arma en manos de un viajero.



La muerte no es otra que un viajero, guerrero. Y ni siquiera lleva espada.



(Un hombre extraño...)



La ciudad era como tantas otras, una multiplicación de puertas y ventanas y de silencios como superficies de aguas pero sus habitantes tenían un paso furtivo y rápido y casi no vi a nadie en las calles.

(Esto tiene el viejo aspecto del miedo.)

(Sin embargo el pueblo parece próspero y no hay signos de miseria. Las casas son grandes. Hay abundancia de silos. Entonces, ¿qué?)



Tengo todo lo que necesitas, viajero. El mejor grano de Sumeria para tu caballo y el mejor lecho que hallarás en la tierra de los dos ríos.



(En efecto. Todo parece ser de la mejor calidad aquí. Parece el reino de la abundancia. Y sin embargo ese miedo en las calles...)



Dime, amigo, soy forastero y curioso y me ha llamado la atención el silencio de tus calles. ¿A qué se debe?

El ishakku, el rey de la ciudad tiene uno de sus malos días.



¿Malos días? ¿Qué quieres decir con eso?

Hoy, sus soldados pasan por las calles y llevan a cuantos jóvenes encuentran para la prueba de las flechas. Los hace correr y los caza a flechazos como a palomas.



Lanzó una risita. Claro que nosotros tenemos amigos en su casa y ya sabíamos eso así que sólo había campesinos y forasteros en las calles. Siempre sabemos lo que va a ocurrir con antelación.



¿Y aceptáis un ishakku que lleva a cabo actos como éste?

Bah. Sólo ocurre de cuando en cuando y nuestro ishakku es el mejor comerciante que puedas hallar.



Mira nuestra ciudad. La riqueza cruje en nuestras casas como en otras cruje el calor. Ha abierto caminos hacia todos los reinos y ha traído comerciantes y artesanos a que nos enseñen. Tenemos minas y nuestra propia sal y nuestro propio oro y nuestro propio bronce que vendemos a todas las otras tierras.



El rey a veces tiene caprichos y dejamos que se desahogue. Los amigos de palacio nos avisan de antemano y ya sabemos cómo hacer. Cuando quiere llevar a cabo la prueba de la flecha no salimos a la calle y de esa manera no nos arriesgamos. Eso es todo.



Ya veo. Tenéis una dignidad a bajo precio. Preferís el estómago lleno y un poco de miedo que los riesgos del orgullo, ¿verdad?

El hombre me miró con lástima. El orgullo es algo muy pesado de llevar, forastero, y hace falta ser fuerte y ser muy pobre o muy rico para poder cargarlo.

¿Por qué muy pobre y por qué muy rico?

Si eres muy pobre no tienes nada que perder. Si eres muy rico puedes defender lo que tienes.

Los hombres somos reyes de sabiduría. Hasta el último tonto de pueblo halla una filosofía que lo justifique. Los burros rebuznan. Los hombres se justifican. Cada animal hace su ruido.

Los dioses te bendigan, Adahr.

Lo mismo a ti, Hanñios.

Me miró al pasar pero no dijo una palabra. Hanñios tenía la altura de los guerreros y sus ropas eran sencillas y negras. Su delgadez musculosa era incongruente en ese pueblo gordo y pausado.

He venido a arreglar contigo mis esponsales con Lilir.

Ah sí.

Pues... en fin... Sabes que es mi única hija y que deseo lo mejor para ella. Ella...

Abrevia.

Tú eres pobre.

Soy un guerrero. El oro es para los comerciantes. Yo soy hombre de bronce.

Mala cosa para comer es el bronce, señor.



Deja a mi padre, Hannios.



Perdóname, Lilir... Perdí la cabeza.

No debiste venir a hablar con él. ¿No te ha bastado conmigo? Ya te he dicho que te seguiré cuando me lo pidas. No necesitas más.



¡No lo permitiré!

No tienes nada que permitir, padre. Es una decisión tomada. Seré la mujer de Hannios, eso es todo.



Y ahora iré a la fuente a traer agua.



Oímos su voz que murmuraba una canción mientras iba a la fuente. Los dos hombres se miraron furtivamente y no hablaron más.



Salí a la calle soleada y solitaria. Un perro dormitaba en un portal y de lejos llegaba el rechinar de un carro.



Y de pronto los jinetes aparecieron entre las casas blancas. Uno de ellos me señaló.

¡Allá hay otro! ¡Agárrenlo!



—¿Qué ocurre, soldados? ¿Por qué venís a detenerme?

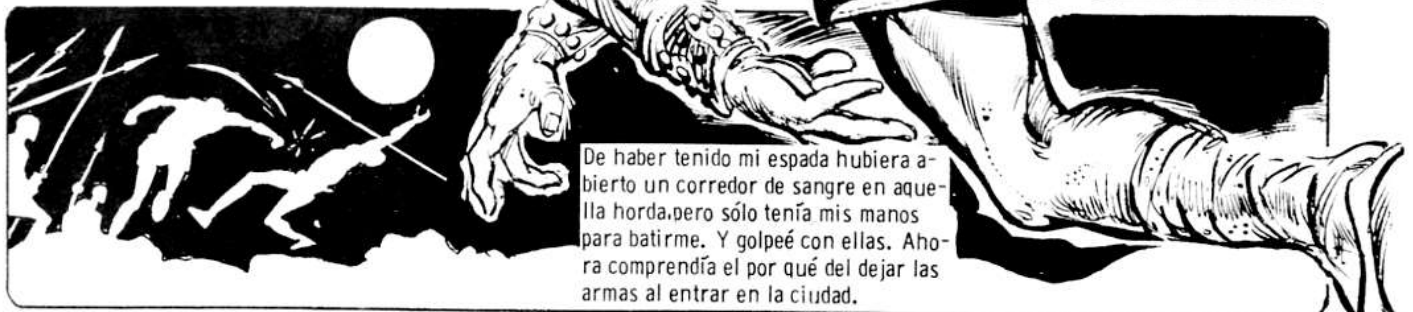
Nuestro ishaku necesita más hombres para la prueba de las flechas. Tú serás uno.



Oh no, soldado. Eso no.



¡Soltadme!



De haber tenido mi espada hubiera abierto un corredor de sangre en aquella horda, pero sólo tenía mis manos para batirme. Y golpeé con ellas. Ahora comprendía el por qué del dejar las armas al entrar en la ciudad.



¡Basta ya, perro rabioso, o te atravieso! ¡Quieto!



Danos y Orthides han muerto. El golpe les rompió el cuello.

Perro rabioso.



¡A palacio con ellos! ¡Y traed a la muchacha!







Y entonces miró frente a él y se sobresaltó.

Pero... Las flores... ¡Han sido cortadas!



Bajó los ojos y miró a sus pies. Hablando conmigo no había advertido el pequeño tapiz de flores que pisaba.

¿Qué significa esto?



Significa que eres tú el que ahora está en la muerte. Eso significa.



**SKRAC**

Luego hubo silencio...



Vete, hombre de Lagash.



¿Y tú?



Se encogió de hombros. Los contesanos y los guerreros, desorientados, se deslizaban fuera del jardín sin hablar. Un miedo color de sol se subía a los cielos haciendo hervir los árboles.

¿Yo? No sé. No sé.



Me quedé de pie en el jardín solitario oyendo los pájaros y mirándolos irse. Un lejano rumor de voces se alzaba de la ciudad como un golpear de piedras.



Las flores olían mal y sobre ellas seguía goteando la sangre del rey muerto y el aire se enverdeía de moscas. Me aparté. La muerte es también un viajero y ni lleva espada, y en su loca y negra cabalgata había trazado aquí una frontera multicolor entre dos mundos. Yo estaba en uno y aquellas flores y aquel cadáver estaban en el otro.

FIN